

Luces y Sombras en el Catolicismo Nicaragüense

Millares de kilómetros de tierra y mar no han logrado desdibujar en mi alma el retrato de la fisonomía religiosa actual de Nicaragua, formado en quince meses de convivencia y apostolado.

El siguiente estudio, servido en tres tiempos, no es más que la sencilla transcripción de ese retrato que llevo impreso en el alma.

Te lo ofrezco, lector, tal cual lo descubre mi pupila: con sus luces y sus sombras.

Oña, Burgos - España, septiembre de 1950.

I. LAS SOMBRAS

No son definitivas, ni su negrura acusa actualmente su máximo grado de intensidad, ni logran amortiguar el fulgor de las luces que dan la tónica general del cuadro. Pero existen, a no dudarlo, y sería preciso estar ciego para no verlas.

1. *Escasez de sacerdotes.*—Es la más negra de todas. “Si queréis ver Iglesias en ruinas, id a Centro América. Muchas de ellas están cerradas y las que están abiertas necesitan reparación... Las ideas religiosas van desapareciendo y con ellas las morales. Una marcada indiferencia religiosa es lo que caracteriza a las masas que están volviendo a las supersticiones antiguas”. Así escribe F. Palmer en su libro “*Central America and its Problems*”. Aunque las líneas transcritas están sobrecargadas en exceso de tintas negras, la observación de su primera mitad es exacta. Para un millón largo de habitantes cuenta Nicaragua con 165 sacerdotes, o sea un sacerdote por cada 6.850 habitantes. Managua, la capital, para sus 120.000 habitantes dispone tan sólo de 2 Parroquias, una de ellas la Catedral, si bien el servicio religioso de los fieles en el casco de la ciudad es atendido por otras 4 filiales o cuasi parroquias. Los populosos barrios exteriores quedan desatendidos mientras pululan en cambio las capillas protestantes. La Diócesis de Matagalpa cuenta tan sólo con 8 sacerdotes incluido el Sr. Obispo, para quien las visitas pastorales a su grey se convierten en largas y extenuadoras misiones catequéticas. No es extraño que en zonas extensas de esta y otras diócesis de Nicaragua, sólo de tarde en tarde sea visto el sacerdote por los fieles. Quien esto escribe pudo contemplar la víspera de Cristo Rey de 1949 la llegada en grupos de sencillos y piadosos indios a Matagalpa después de haber salido de sus bohíos a las 3 de la mañana del día anterior. ¡Dos días de rudo caminar a través de bosques impenetrables y caminos encharcados para poder oír la Santa Misa y confesar y comulgar el día de Cristo Rey!

Los efectos de esta penuria de sacerdotes son fácilmente presumibles: ignorancia crasa aun de lo más elemental de nuestra Santa Religión; brote de errores supersticiosos; carencia casi absoluta en extensas zonas de

la vida sobrenatural que brota de las fuentes de los Sacramentos; peligro próximo de que el sembrador de cizaña llegue a malograr la cosecha que blanquea para la siega...

El pueblo, piadoso y sencillo, anhela la presencia del sacerdote al que venera como a un padre. Lo pide casi con lágrimas en los ojos, pero "non erat qui frangeret eis panem"; ¡no hay sacerdotes suficientes! Durante el último lustro Nicaragua ha carecido de Seminario. Los escasos pretendientes al sacerdocio debían emigrar a lejanas tierras para dar cima a su costosa vocación.

Tan alarmante escasez de sacerdotes, triste herencia de épocas pasadas de hostilidad contra la Iglesia Católica y fruto también del materialismo ambiente, aún ha de durar por fuerza varios lustros, hasta llegar a madurar el fruto cierto, hoy sólo promesa y esperanza.

A remediar tanta penuria acuden es verdad religiosos norteamericanos, mexicanos, italianos y españoles. Pero su número es absolutamente insuficiente. Nicaragua necesitaría decuplicar el número de sus sacerdotes para llegar a la proporción de Norte América: un sacerdote por cada 624 católicos.

He aquí la sombra más negra del cuadro; el problema de los problemas de Nicaragua.

2. *Restos de legislación sectaria.*—La Constitución de Nicaragua no es propiamente atea, pues en ella invoca el santo nombre de Dios; ni es tampoco de tipo sectario. Sin embargo adolece de algunos resabios de laicismo intolerante, sarpullido anacrónico de las repúblicas americanas.

En la actualidad se trata de dar al pueblo nicaragüense una nueva Ley Constitucional. Las circunstancias son ciertamente favorables para elaboración de una Carta Fundamental como el católico pueblo nicaragüense la merece. El Partido Liberal hoy en el poder, por medio de su Jefe máximo el Excmo. General Anastasio Somoza, Presidente de la República, ha tendido su mano al partido de la oposición, el Partido Conservador, acaudillado por el General Emiliano Chamorro. La alianza sellada entre ambos Jefes y Partidos en solemne pacto, bien pudiera iniciar una era de prosperidad material y espiritual para Nicaragua.

Esta solemne coyuntura la ha aprovechado el Venerable Episcopado nicaragüense en reciente Carta Pastoral colectiva, para ilustrar la conciencia de los constituyentes con los principios básicos del verdadero bien-estar político, social y religioso, mientras señala con claridad y valentía los resabios de laicismo decimonónico, incrustados con manchas negras en la anterior Constitución.

Los principales errores señalados por los Prelados son: el ateísmo del Estado, enseñanza laica, matrimonio civil y divorcio, excesiva libertad para las propagandas antirreligiosas y blasfemas, secularización de cementerios, trabas a la propiedad de la Iglesia...

Es preciso reconocer que, por una feliz falta de lógica, o por imperativos de mayor libertad y amplitud dominantes en el mundo moderno, todos esos artículos de marcada tendencia izquierdista, no han sido aplicados en todo su rigor, y por lo mismo no han producido en la sociedad todos los frutos de perdición que era lógico temer de su viciada raíz. A la lógica muerta de la letra constitucional, se ha impuesto para bien de los nicaragüenses, otra lógica superior: la del buen sentido patriótico y honda religiosidad de sus gobernantes.

Pero esa antinomia debe desaparecer. De no borrar esos artículos discriminatorios de la Constitución quedarían siempre como una amenaza inquietante, una especie de espada de Dámocles apuntando al corazón sano del pueblo nicaragüense.

Aun sin ser aplicados en todo su rigor, esos artículos malhadados han

producido frutos amargos en la sociedad. Los más lamentables son esas generaciones ignorantes o indiferentes en religión, salidas de centros laicos y donde tal vez algunos profesores, apóstoles del mal, han desarrollado perniciosa docencia de signo negativo o positivamente impío; el crecido número de divorcios, síntoma grave de una profunda relajación de los vínculos matrimoniales; la nube de hijos naturales o ilegítimos que empaña la limpidez del cielo tropical. . .

La prensa diaria es en general respetuosa con la Iglesia y las creencias de la inmensa mayoría de los nicaragüenses; pero no faltan periódicos que con frecuencia las combaten más o menos abiertamente (FLECHA, LA NOTICIA).

Cabe señalar también en los dedicados a la política, sobre todo en la fracción opositora del Liberalismo Independiente, significados representantes de la Masonería, siempre al acecho de cualquier oportunidad para levantar la bandera de izquierdismo e irreligiosidad intolerantes, aunque disfrazados de progreso y democracia.

3. *Los protestantes.*—A todo lo largo y lo ancho de Iberoamérica se está cumpliendo a la letra la parábola evangélica. En la heredad del Padre Celestial han entrado en tromba los “sembradores de cizaña”. Pretenden “evangelizar” a un pueblo que lleva cuatro siglos de cristiano; pero lo que hacen es romper la unidad religiosa de un Continente, multiplicar los apóstoles de la Iglesia, y aumentar el número de los indiferentes en religión.

Para su siembra de errores se aprovechan de la angustiosa escasez de sacerdotes, “mal endémico de América”; y para disfrazar la algarabía y confusión de sus sectas, procuran camuflarse todas con el despistado calificativo de “evangélicos”. Cuentan para su propaganda con el oro de fuera, que en cantidades ingentes emplean, con una caridad interesada, en atraer incautos a sus filas.

En Nicaragua desarrollan un vasto plan de captación. En cuanto a los resultados de su campaña cabe distinguir en la república dos zonas completamente diferentes: la Costa Atlántica, durante largos años protectorado inglés o víctima de los filibusteros de Walker, y el resto de la nación. En la primera pululan, como un mosaico de islotes, fuertes núcleos de protestantes pertenecientes a la secta de los Hermanos Moravos. En la segunda la avalancha protestante sigue poco más o menos el ritmo general del resto de la América Latina.

Los Moravos se introdujeron en Nicaragua en 1849. A la sombra de la bandera inglesa desarrollaron una intensa campaña evangélica en La Mosquitia. Sus estadísticas de 1930 dan para las ciudades de Bluefield, Pearl Lagoon, Anamwatla, Yulu, Wasla y Sangsangt un número de fieles que oscila entre los mil y los dos mil, y un conjunto de diez mil para toda la zona. Cuentan con una “*Summer School*” para la formación de sus pastores, y tienen traducida la Biblia al Mosquitio.

El resto de la república, como todo Centro América, constituye el campo de operaciones de la “*Misión de la América Central*” (CAM), fundada en 1890 por Mr. C. I. Scofield y con sede central en Dallas, Texas, EE. UU. Publica desde 1902 la revista ilustrada “*The Central American Bulletin*”. La CAM tiene carácter *indenominacional*, es decir, que bajo ese nombre genérico se comprenden distintas sectas que trabajan de consuno en la protestancización de Centro América. Los Presbiterianos, Congregacionalistas, Independientes y Moravos son los más importantes. Junto a la CAM trabajan también los Anglicanos, Bautistas, Adventistas, Pentecostales, Sociedades Misioneras, Bíblicas, Auxiliares de las Misiones, de enseñanza religiosa, filantrópicas y otras. La mayoría de ellos irrumpieron en Nicaragua en los últimos años del siglo pasado y primeros del pre-

sente. Su Atlas Misional daba para 1925, 4 misioneros extranjeros y 18 nacionales, 5 Iglesias, 2 Estaciones, 20 Salas de predicación, 3 Escuelas dominicales y 2 elementales con 450 alumnos, 1 Clase de Biblia para adultos en Managua con 70 alumnos, y 1 Escuela de Enfermeras en Granada. Todos los pueblos más importantes de Nicaragua aparecen en el Mapa protestante con grupos de fieles que oscilan entre el centenar y el medio millar que asignan a Managua. Todos ellos son además centros de operaciones cuya influencia se hace sentir hasta en los más apartados rincones del territorio nacional.

La capital de la república sufre, como es de presumir, las más fuertes acometidas de las sectas. Cuentan en ella con un muy frecuentado Colegio Bautista de tipo popular, un Internado para Señoritas, un Hospital, y gran número de capillas esparcidas por los barrios. Publican diversas revistas de poca categoría, como "*La Antorcha*", "*Los Testigos de Jehová*", etc. Como trabajo específico de todas las sectas cabe señalar en Nicaragua la difusión total o parcial de la Biblia, y la siembra en gran escala de *Tracts*, algunos de ellos inocuos y aun provechosos, pero la inmensa mayoría emponzoñados con tergiversaciones de la Sagrada Escritura, y sobre todo con calumnias contra la Iglesia Católica, impiedades contra los dogmas y sacramentos de nuestra santa Fe, y blasfemias contra los Santos y sobre todo contra la Santísima Virgen. Este odio sectario, impío y calumnioso contra lo más sagrado de nuestra religión, es característica distintiva del Protestantismo en Nicaragua. Basta hojear cualquier número de *La Antorcha* para ver que a sus redactores les falta por lo general la más elemental cultura y buen gusto y les sobra odio y atrevimiento para las más viles calumnias. Ciertamente que no son ni la cultura, ni la justicia, ni la caridad las que emborronan sus páginas. Rara vez asoma por Managua algún profesor del *Instituto Bíblico* de San José de Costa Rica, y más frecuentemente diserta en algún teatro de la Capital algún Mister o Pastor norteamericano. El Atlas Misionero protestante daba para Nicaragua en 1925, 54 Escuelas dominicales con 5.478 alumnos.

Después de las cifras y datos aducidos no puede negarse que el peligro de descatalogización de Nicaragua por obra de los protestantes es serio, y que urge la réplica organizada, constante y creciente del clero y de la Acción Católica nicaragüense para salvar el divino tesoro de nuestra Fe Católica y recuperar lo perdido.

4. *Cuestión social*.—"Si el Papa fuera a América con su doctrina social, los católicos le acusarían de comunista". Así se expresaba Cardijn a raíz de su reciente viaje por el Nuevo Mundo.

No hay por qué sentirse ofendido por la frase, es exacta, pero con tal de que se la despoje de su forma exclusiva. Debe también entrar en la cuenta Europa, sin que quede excluida ni la misma Bélgica. No discutamos sobre grados ni negamos excepciones honrosas que más bien confirman la ley general; pero es un hecho innegable, tan cierto como doloroso, que hasta época muy reciente —¡Dios quiera que no lo siga siendo todavía!— los empresarios y patronos católicos han dado oídos sordos a las Encíclicas Papales sobre Justicia Social. ¡Para desgracia de la civilización occidental!

Pero no divaguemos. La cuestión social no presenta en Nicaragua caracteres agudos, debido en gran parte a su escasa densidad de población y a la carencia de fuertes núcleos industriales. La tierra es por otra parte tan generosa que al más desafortunado le basta alargar la mano para verla colmada de frutos tropicales. El clima ardiente ahorra también en gran parte los gastos de vivienda y abrigo de los países fríos.

Pero, claro; no es este el ideal; y en Nicaragua hay que señalar tam-

bién un nivel de vida en el pueblo trabajador muy por bajo de lo justo y equitativo.

¡Y si esto fuera todo! Desde hace años el periódico católico de Managua, *La Prensa*, viene realizando una vigorosa campaña de acusación y protesta contra los abusos sin cuento cometidos en las explotaciones mineras y bananeras de la nación. Pero ya esto no hay por qué achacárselo a los nicaragüenses ni a los católicos. En Nicaragua, como a todo lo largo y lo ancho del Caribe, como en Jamaica, y en Venezuela, y en Bolivia . . . , es el triste sello de empresas omnipotentes y sin entrañas, pero que pertenecen casi en su totalidad a otras latitudes. Los documentos irrefutables son por desgracia demasiado abundantes. Léase por ejemplo a Ch. D. Kepner Jr. y J. H. Soothil en su obra "*Las Compañías bananeras contra la soberanía de las Naciones del Caribe*". México 1949.

A par de esto se alardea de excesivo lujo y se derrochan escandalosas sumas de dinero en el nutrido programa de fiestas de la clase pudiente; se pasea la vanidad de la fortuna en soberbios carros último modelo, mientras demasiada gente se alimenta de miseria o anda descalza por las calles. Dentro de la misma capital, lujosas villas acondicionadas con toda clase de refinamientos levantan su airosa silueta junto a chozas impropias de seres humanos. Gran parte del pueblo en ciudades y campos tiene por vivienda casuchas destartadas, endeble tejadillos de cañas y paja. En cambio corre demasiado abundante el *guaro* embrutecedor con su inevitable secuela de crímenes y degeneraciones de toda especie . . .

El marxismo, y menos el comunismo, no tiene vida legal en Nicaragua, es cierto, y gracias a la inteligente y previsora actitud de las autoridades, no ha podido realizar la siembra fatal de su doctrina. Sin embargo basta tener los ojos un poco abiertos y leer entre líneas para descubrir en algunas publicaciones obreras (por ejemplo *La Voz Sindical*, de Managua) un mal disimulado marxismo y aun comunismo latente. El pueblo nicaragüense es profundamente religioso, y no está su organismo envenenado por el virus marxista. Pero no nos hagamos demasiadas ilusiones: el comunismo no necesita de grandes masas para la realización de sus turbios propósitos. Le bastan unos cuantos puntos claves para provocar cualquier día la llamarada siniestra de un bogotazo.

Dios N. S. ha embellecido el suelo de Nicaragua con paisajes de maravilla, y lo ha enriquecido con profusión de riquezas inagotables. Pero hay todavía demasiada distancia entre los dos polos opuestos de la sociedad: los afortunados demasiado opulentos, y los desheredados demasiado numerosos. Queda aún mucho por hacer en la cuestión social. Existe, sí, una política de mejoras sociales bien intencionada, pero casi embrionaria. Urge realizar las consignas de S. S. el Papa al mundo entero en crisis sobre una más equitativa redistribución de las riquezas. Porque desengañémonos: sólo en la justicia coronada por la caridad descansa la verdadera paz social.

Ignacio F. de Pinedo, S. J.